

SOR
PACOBUS

Sor PacoBus

Aquel día sería difícil de olvidar para Ander. Tenía siete años, y no llevaba mucho viviendo en Bilbao: venía de un pueblecito de Gipuzkoa, pero hacía poco su padre había cambiado de trabajo y se habían mudado a esa ciudad desconocida, donde no podía salir solo a la calle y que estaba llena de ruidos y de coches. Aún no tenía muchos amigos, porque era un muchacho tímido; pero poco a poco iba encontrando su lugar, y había dos compañeros del cole con los que parecía tener “buena onda”.

Aquella mañana volvía de las vacaciones de carnaval: a los pequeños como él les habían dado toda la semana anterior libre y, encima, el lunes había tenido fiebre y no había ido a la escuela; así que aquel martes llegaba aún con las vacaciones pegadas a los ojos y, ni aunque se hubiera lavado la cara con agua medio congelada, habría podido cambiar su mirada soñolienta.

Su madre estaba con él, tomándole de la mano. En cuanto llegara el bus se iría corriendo, como siempre. Tenía muchas cosas que hacer, como se encargaba de recordarle continuamente, y el autobús del cole encima se estaba retrasando; así que su madre no paraba de mirar el reloj de su muñeca y resoplar mirando al infinito.

- No te preocupes, amá, que ahora llegará.

- Lo sé, cariño, lo sé. Es que tengo muchas cosas que hacer.

El niño miró a su alrededor. Las otras madres charlaban entre sí, pero la suya estaba ahí sola, mirando el reloj una y otra vez. Ander se daba cuenta de que su madre aún no había pillado buena onda con nadie, y lo sentía por ella.

- Amá... ¿Por qué tú no hablas con las demás madres?

Se quedó mirándolo, sorprendida, pero antes de que pudiera contestarle, sus ojos se iluminaron. El autobús (PacoBus ponía en un lateral: a Ander le hacía mucha gracia aquel nombre), se acercaba a trompicones entre el tráfico.

- Cariño, ya está. Ya ha llegado. Al fin. Luego hablaremos, ¿vale? Me tengo que ir corriendo al trabajo...

Le empujó suavemente por la espalda para colocarlo en la fila; y se quedó detrás de él. Allí, con su carrito de libros y uniforme del colegio, por no hablar de su gesto serio y un poco adormilado; parecía un hombrecito en miniatura.

- Vale, amá. Puedes irte ya si quieres, que no me va a pasar nada...

- ¿No te importa, cariño?

- Claro que no, no pasa nada.

Su madre le besó en la mejilla. Le dio uno de esos besos fuertes, de esos que cuando se los daba luego tenía que frotarse la mejilla a conciencia para quitarse la mancha del pintalabios. Le separó el flequillo de los ojos, le acarició la mejilla y se despidió.

- Hasta luego, cariño. Te veo aquí a la vuelta.

Y se fue con paso apresurado. Se dio una vez la vuelta para decirle adiós con la mano, y Ander le respondió levantando la suya. Miró de nuevo al PacoBus: ya se había parado y estaba abriendo sus puertas. Buscó con la mirada a Mikel, al amigo con el que solía sentarse, pero estaba al final de la cola. No tenía importancia: le guardaría el sitio de siempre. Ander era el cuarto de la fila: siguió al niño gordito que le precedía y no levantó los ojos hasta que hubo subido los tres escalones de la entrada. Entonces la vio. Una monja de mueca salvaje estaba al volante del autobús.

Ander se quedó pálido. ¡¡Una monja!! ¿Qué hacía allí? Las monjas no conducen: rezan y dan clases en los colegios de niñas, como en su pueblo. Aquella monja no podía estar capacitada para conducir un autobús. Se quedó parado en seco, mirándola con los

ojos muy abiertos. Entonces la monja le miró y dijo, con una voz asombrosamente grave:

- ¡Venga majo! Que tenéis que entrar todos...

La monja tenía los ojos hinchados (se supone que también las monjas deben levantarse con sueño por las mañanas) y algo de bigote. Ander supuso que las monjas no se depilaban con cera, como hacía su madre, porque seguro que para ellas era pecado. Abrió la boca, pero no le salían las palabras. Pero entonces, el niño que estaba a su espalda le empujó y se vio metido en el pasillo por la fuerza de la columna de niños que le seguían.

Casi por inercia, cogió uno de los primeros sitios: quería tener controlada a la monja conductora, porque se daba cuenta de que algo no iba bien. Fueron subiendo el resto de sus compañeros y, cuando entró Mikel, le hizo señas para que se sentara a su lado.

- ¿Por qué te has sentado tan adelante? Aquí sólo se sientan los empollones y los niños pequeños...

- Pero.. ¿No has visto a la monja?

- ¿La monja? ¿Y qué tiene que ver? Yo me voy a sentar atrás, que mola más.

Así que Ander se quedó solo: nadie se sentó a su lado. A nadie parecía extrañarle que una monja condujera el autobús. Luisa, la monitora, intercambió unas palabras en voz baja con la religiosa bigotuda y empezó a reírse. Ander no le veía la gracia. Se movió al asiento del pasillo para poder vigilarles mejor y descubrió que podía ver los ojos de la monja en el retrovisor. Los tenía salvajes, inyectados en sangre... decidió que la vigilaría atentamente. Alguien tenía que hacerlo. Se notaba que había engañado a todos: nadie parecía asustado, todos charlaban animadamente entre sí. Miró hacia atrás y vio cómo Mikel le hacía señas para que fuera a sentarse con él, pero no le hizo caso y se giró de nuevo. Entretanto, el autobús arrancó y, bastante rápido, se incorporó dentro de la caravana. Ander vio con preocupación que la gente de los otros coches miraba hacia el autobús y se les desorbitaban los ojos de la impresión. Entonces sintió cómo le tocaban el brazo y respingó del susto.

- Ander, ¿Estás bien? – Era Luisa, la monitora.

- Sí, bueno, no sé. ¿Quién es la monja?

Luisa sonrió como si fuera un chiste.

- ¿No la conoces?

- No. Yo no suelo tratar con monjas.

- Estoy segura de que a ésta sí que la conoces. Eso es porque no te has fijado bien.

- ¿Qué pasa, que es famosa o algo así? En mi casa no me dejan ver mucho la tele, igual por eso no sé quien es.

- No, no sale en la tele; pero te aseguro que la conoces. Para cuando lleguemos al colegio seguro que te has dado cuenta.

Y siguió andando hacia las filas de atrás para comprobar que todos estaban sentados. Ander cada vez estaba mas intranquilo. Había algo en la monja que lo ponía nervioso: puede que simplemente fueran los hábitos, o tal vez no. Una vez, hacía años, una monja le había cogido de la oreja y se la había puesto como un pimiento morrón. Y antes que eso, otra monja lo había perseguido con una escoba desde el colegio de chicas de su pueblo hasta la puerta de su casa. No recordaba muy bien por qué, pero sí se acordaba de la mueca de enfado de la monja, de sus hábitos negros ondeando tras ella como si fueran la capa de Batman. Y de que luego sus padres lo habían castigado: él sabía que aquella monja había tenido algo que ver en ese castigo. ¿Y si era la misma monja en busca de venganza? ¿Eso quería decir la monitora cuando le dijo que la conocía?

Ander cada vez estaba peor. Empezó a sudar, y el desayuno empezó a revolvérsele en el estómago. Hurgó en su maleta del cole, y allí encontró su bocadillo metido en una bolsa de plástico. Lo sacó y, sujetando la bolsa hacia el lado de la ventanilla, vomitó todo el contenido de su estómago en ella. Lo hizo silenciosamente, aterrorizado. Si le veían vomitar, Luisa se daría cuenta de que él ya sabía quien era la monja; y entonces ya no tendría escapatoria. Le hizo un nudo y la dejó en el suelo, sintiéndose mucho mejor aunque para nada más tranquilo. Entonces, empezó a sonar la voz de Luisa por el altavoz:

- Buenos días, chicos. Aprovechando que tenemos a Sor Karlita en el autobús, podríamos celebrarlo cantando alguna canción religiosa.

Ander vio cómo los ojos de la monja se desorbitaban. Seguro que era aquella monja de la escoba, seguro.

- No, no.. – dijo ésta con su voz grave-. No hace falta.

Pero todos los niños berrearón a la vez.

- Síiiii!!!!

- ¡La de tus manos son palomas de la paz!

- ¡¡No, no!! ¡La de yo tengo un gozo en el alma!!

- ¡¡que no!! ¡Mejor la de tú has venido a la orilla!!

Ander no podía quitar los ojos del rostro de la monja, reflejado en el retrovisor. Estaba colorada, y le había empezado un tic casi imperceptible en el ojo derecho.

- Luisa, no seas bruja – Le decía a la monitora. ¿Qué tipo de monja infernal era esa que no quería que le cantaran canciones de misa? Ander observó que iban a bastante velocidad, y un coche pitó al PacoBus cuando éste le adelantaba.

- ¡Venga, chicos! ¡Cantemos la de yo tengo un gozo en el alma! ¡Y tenemos que dar palmas!

Y los niños empezaron a cantar: “Yo tengo un gozo en el alma ¡grande! Gozo en el alma ¡grande! Gozo en el alma y en mi ser, alegría y gloria a Dios es como un río de agua viva...”

La monja fruncía el ceño y se aferraba al volante. Ander observó que no llevaba colgado del cuello ningún crucifijo, y tal vez sus ojos lo engañaron, pero le dio la sensación de que en la frente le empezaban a aparecer dos puntos rojos, como los incipientes cuernos de un demonio. No sabía qué hacer, parecía que nadie se estuviese dando cuenta de lo que ocurría. Encima, desde un coche que les adelantó, pudo escuchar una voz que le gritaba “¡Tía buena!” a la monja. Era evidente que había lanzado alguna especie de hechizo, porque esa monja tenía bigote y de guapa no tenía un pelo.

Ander miró a su alrededor, sin saber qué hacer. Hurgó en su bolsa, pero no tenía ni cruces, ni ajos, ni mucho menos una estaca para hacerle frente a la monja vampiro. Sólo la bolsa en la que estaba su desayuno. O bueno, los restos de su desayuno.

El autobús ya había salido de la autopista, pero Ander sabía que era imposible que los llevara al colegio: los llevaría a su guarida, en donde habría mas monjas vampiro que usarían sus hábitos negros para volar y para ir cazando a los niños uno a uno. Tenía que hacer algo. Se levantó con la bolsa en la mano izquierda y se dirigió hacia la monja demoníaca pálido, sudoroso, aferrado a su única arma como si fuera una tabla de salvación. Los niños seguían cantando, la monitora se reía, nadie reparaba en él. Ander se paró al lado de la monja, que mirándole de reojo le dijo:

- Vuelve a tu sitio, chaval, no puedes estar aquí.

- ¿A dónde nos lleva?

- Pues al colegio, adonde va a ser. Vuelve a tu sitio.

- A mí no va a engañarme. Se que nos va a comer, o algo así, pero yo se lo impediré.

- ¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Luisa! A ver este crío, que no se lo que me dice.

La monitora se volvió, pero Ander fue más rápido. Abrió la bolsa y le tiró su contenido por encima a la monja.

- ¡¡JODER!! ¡¡CAGUEN DIOS!! Pero.. ¿qué ostias me has tirado?

Todos los niños callaron. Había dicho tres tacos seguidos. Ander, en aquel momento, lo supo fijo. Esa no era una monja, para nada. La monitora lo agarró del brazo y lo llevó a su sitio.

- ¡¡Ander!! Pero, ¿qué has hecho? O mejor... ¿¿Por qué has hecho eso??

Todos los niños comenzaron a reirse al darse cuenta de lo que había hecho Ander. Habían llegado al colegio. La monja se levantó, maldiciendo, y salió del autobús. Se quitó el hábito lleno de vómito y entonces Ander se dio cuenta: era Otto, su chófer habitual, disfrazado de monja. Lo llamaban así por los dibujos de los Simpson. ¿Cómo no se había dado cuenta?

Cogió sus cosas y salió del autobús. Al pasar por al lado de Otto, mirando al suelo y sin todavía creerse lo que había hecho, se disculpó.

- Lo siento. Pensé que eras una monja vampira. Es que no me gustan mucho las monjas.

Otto suspiró y le dio unas palmaditas en la espalda.

- Bueno, chaval, ya está hecho. No pasa nada. A mí tampoco me gustan demasiado las monjas, pero no vuelvas a hacer algo así.

Ander siguió mirando al suelo, avergonzado. Seguro que años después se reiría, pero en aquel momento, se sentía fatal. Siguió caminando hacia la puerta de la escuela, cabizbajo. Entonces oyó cómo Otto le llamaba.

- ¡Eh, chaval! – se dio la vuelta y lo miró - ¡Si te preguntan por qué lo hiciste, diles que porque eres punki!!

Ander no entendió la frase muy bien, pero comprendió que seguramente los punkis solían vomitar encima de las monjas. Asintió con la cabeza y siguió su camino. Habría que pensarse eso de ser punki. Pensárselo en serio.

FIN